

**CURSILLO INTRODUCTORIO  
A LA PERSONA Y ENSEÑANZA DE SAN PABLO**

Mario Alberto Molina, O.A.R.  
Obispo de Quiché

Santa Cruz de Quiché, Quiché, Guatemala, 2008

**Tema 7**

**Pablo enseña el camino de la fe**

En esta catequesis queremos presentar la dinámica de la vida del cristiano en la Iglesia, el modo como participa en la salvación de Cristo y las consecuencias que ello tiene para su vida

**a. La fe, puerta de la salvación**

La salvación es una oferta gratuita de parte de Dios, por lo tanto, el hombre pecador no puede hacer nada para ganársela, para merecerla, para alcanzarla. Es Dios, quien a través de la predicación y la palabra llega hasta el pecador y le anuncia que Cristo resucitado ha vencido el pecado y ha abierto el camino de la vida. En Cristo el pecador también puede vencer el pecado, obtener el perdón y alcanzar así una vida nueva. Al acoger este anuncio y creer en él, el pecador alcanza la salvación. La fe es la respuesta humana a la oferta de salvación gratuita que Dios hace. La fe es el inicio de la salvación y fundamento de toda la vida del cristiano.

Si proclamas con tu boca que Jesús es el Señor y crees con tu corazón que Dios lo ha resucitado de entre los muertos, te salvarás. En efecto, cuando se cree con el corazón actúa la fuerza salvadora de Dios, y cuando se proclama con la boca se obtiene la salvación. Pues dice la Escritura: *Quienquiera que ponga en él su confianza no quedará defraudado.* Y no hay distinción entre judío y no judío, pues uno mismo es el Señor de todos, rico para todos los que lo invocan. En una palabra, *todo el que invoque el nombre del Señor se salvará.* Rm 10,9-13

San Pablo encuentra fundamento para esta convicción en el caso de Abraham. En efecto, en Gn 15,6 se dice que Abraham creyó en Dios que le prometía tierra y descendencia, y esa fe le valió para ser considerado justo por Dios (cf. Rm 4,1-6). Ciertamente Abraham recibió también el rito de la circuncisión, pero eso vino después de haber creído en Dios y como signo de la fe. Por eso, la fe y no ningún otro rito, es el único requisito para obtener la salvación. *Así pues, quienes mediante la fe estamos recibiendo la salvación, vivimos en paz con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo* (Rm 5,1). Abraham es por eso padre, modelo, de todos los creyentes.

**b. La nueva vida del cristiano, iniciada en el bautismo**

La fe, tal como la entiende Pablo, no es sólo un acto mental, puramente interior. La fe es un acto personal, que se realiza en el contexto de una comunidad y se expresa mediante un rito, que no es una acción humana, sino el sometimiento de la propia persona a la acción de Dios. El creyente expresa y manifiesta su fe mediante la recepción del bautismo. Según Hch 9,18, Pablo recibió su bautismo en Damasco, aunque él nunca habla de este momento en sus cartas. El bautismo es el signo de adhesión a Jesucristo que ya se practicaba en la Iglesia cuando Pablo se convirtió. Pablo lo entiende como una acción de Cristo por la cual asocia a quien lo recibe a su muerte y resurrección y por lo tanto lo libera del pecado, de la ley y de los poderes de este mundo que lo tenían subyugado. El pecador que se bautiza nace de nuevo, pues al unirse a la muerte y la resurrección de Cristo comienza a participar de la nueva existencia de Cristo resucitado, que ha muerto al pecado y a la ley por su muerte en la cruz y ha resucitado a una vida nueva por su resurrección.

¿Ignoran acaso que todos nosotros, a quienes el bautismo ha vinculado a Cristo, hemos sido vinculados a su muerte? En efecto, por el bautismo hemos sido sepultados con Cristo quedando vinculados a su muerte, para que así como Cristo fue resucitado de entre los muertos por el poder del Padre, así también nosotros llevemos una vida nueva. Porque si hemos sido injertados en Cristo a través de una muerte semejante a la suya, también compartiremos su resurrección. Sepan que nuestra antigua condición pecadora quedó clavada en la cruz con Cristo, para que, una vez destruido el cuerpo marcado por el pecado, no sirvamos ya más al pecado; porque cuando uno muere, queda libre del pecado. Por tanto, si hemos muerto con Cristo, confiemos en que también viviremos con él. Sabemos que Cristo, una vez resucitado de entre los muertos, no vuelve a morir, la muerte no tiene ya dominio sobre él. Porque cuando murió, murió al pecado de una vez para siempre; su vivir, en cambio es un vivir para Dios. Así también ustedes, considérense muertos al pecado, pero vivos para Dios, en unión con Cristo Jesús. Rm 6,3-11

Si, como vimos en el tema 4, el hombre debe ser rescatado de su situación pecadora con el fin de que pueda verse libre de la muerte y alcanzar la vida, el régimen cristiano ofrece la posibilidad de que el pecador muera místicamente con Cristo por el bautismo y resucite también con él, quedando libre del pecado, que lo conduce a la muerte, pues Cristo ya ha quedado libre del poder del pecado, y por lo tanto vive para siempre. Quien se une a él comienza una vida nueva abierta a la eternidad con Dios. Pablo puede utilizar expresiones tan radicales como: *Han muerto, y su vida está escondida con Cristo en Dios* (Col 3,3). Es cierto que el cristiano puede todavía cometer pecados, pero si sabe corregirse, el pecado ya no lo domina hasta matarlo. Es más el cristiano está dotado de un nuevo principio de acción, el Espíritu Santo, que le permite incluso vivir sin pecar. La muerte corporal que el cristiano sufre de todas formas, no es ya la expresión de la victoria del pecado sobre él, sino que como muere unido a Cristo, la muerte corporal del cristiano es su victoria sobre el pecado y la muerte. El cristiano vive "en Cristo". Esta es una frase propia de Pablo para expresar la médula de la existencia cristiana: *Todos ustedes son hijos de Dios en Cristo Jesús mediante la fe* (Gal 3,26).

### **c. La celebración de la eucaristía**

Además del bautismo, la otra celebración que caracteriza a las comunidades cristianas es la fracción del pan. San Pablo nos transmite el testimonio más antiguo de dicha celebración:

Del Señor recibí la tradición que les he transmitido, a saber, que Jesús, el Señor, la noche en que iba a ser entregado, tomó pan y, después de dar gracias, lo partió y dijo: "Esto es mi cuerpo entregado por ustedes; hagan esto en memoria mía". Igualmente, después de cenar, tomó el cáliz y dijo: "Este cáliz es la nueva alianza sellada con mi sangre; cuantas veces beban de él, háganlo en memoria mía." Así pues, siempre que coman de este pan y beban de este cáliz, anuncian la muerte del Señor hasta que venga. Por eso, quien coma el pan o beba el cáliz del Señor indignamente, peca contra el cuerpo y la sangre del Señor. 1Cor 11,23-27

Al instituir esta cena, Jesús ordenó que se repitiera en memoria suya. La comunidad cristiana ha cumplido el mandato de Jesús desde entonces. Pablo lo conoce con el nombre de cena del Señor. Nos ha llegado con los nombres de eucaristía, porque Jesús lo realizó en un contexto de acción de gracias; fracción del pan, porque el único pan y el único cáliz se distribuyen entre todos para significar la unidad de la Iglesia.

Las palabras sobre el pan y el vino aluden a la entrega que Jesús hará de su persona en la cruz y a la sangre derramada como sello de la nueva alianza que Dios establece con su nuevo pueblo, la Iglesia. La

muerte de Jesús en la cruz, es expresión del gran amor que Dios nos tiene (cf. Rm 5,8) y también es el culmen o meta a la que llega toda la vida de Jesús como entrega al servicio de la humanidad. Por eso, quien participa y come y bebe del cuerpo y la sangre de Cristo entra en la dinámica de entrega de amor al servicio del prójimo. Pablo censuraba a los corintios pues celebraban la cena del Señor en el contexto de una comida comunitaria en la que prevalecía la rivalidad, el desprecio hacia los más pobres, el egoísmo. Comer indignamente el cuerpo de Cristo significa precisamente participar en él sin entrar en la dinámica de entrega y servicio implícita en lo que se rememora.

La consecuencia principal de la participación en la cena del Señor que Pablo destaca en sus cartas es la unión que se realiza entre el creyente y Jesús, de modo que todos los que participan también quedan unidos entre sí. La participación en la cena fortalece así el sentido de la salvación, pues fortalece todavía más la obra del bautismo, por la que quedamos unidos a Cristo resucitado, libres de la ley y del pecado. La participación en el cuerpo eucarístico de Cristo es la base para considerar la Iglesia como cuerpo de Cristo:

Les hablo como a personas prudentes capaces de valorar lo que les digo. El cáliz de bendición que bendecimos, ¿no es acaso participación de la sangre de Cristo? Y el pan que partimos, ¿no es acaso participación del cuerpo de Cristo? Pues si el pan es uno solo y todos compartimos ese único pan, todos formamos un solo cuerpo. 1Cor 10,15-17